Carta a un Trapense

FRAY MARIO JOSÉ PETIT DE MURAT, O.P.

ESTIMADO Padre Hermenegildo[1]:

Me permito escribirle porque las ideas que intentaré expresar no hallarían su medio adecuado en una conversación corriente. El encuentro con vuestra Paternidad me ha parecido venir de la Providencia divina; la necesitamos mucho en el bien que sólo los Monjes podrían dar a nuestro país; por eso suplicamos a Dios misericordioso que la posible fundación trapense venza los obstáculos y no quede en proyecto.

Para no fatigarlo entraré de lleno en el tema y, así, paso de inmediato a mencionarle los fundamentos de las principales razones que animan esta carta. Trece años de Sacerdocio y veintiuno de vida religiosa me han permitido entrar en íntimo contacto con los diversos ambientes católicos del país y extranjeros, con todos los medios y recursos del apostolado de nuestros días. He dedicado esos años a una intensa predicación; a la enseñanza, la dirección espiritual, el asesoramiento de la Acción Católica, la dirección de la Venerable Orden Tercera y otras asociaciones predilectas de la Iglesia; por último, a la formación de nuevos religiosos y religiosas. Me veo obligado a declarar que lo he hecho, no como quien llena correctamente los oficios encomendados, sino a fondo, urgido por la angustia de los tiempos, por la común mediocridad de los cristianos, por la multitud de las almas que se pierden, por esas otras desvalidas en su oscura ansiedad de Cielo. He llegado a la madurez de esas sendas y puedo detenerme a considerar los frutos.

Dedicado hoy más a la oración y el silencio que a dichas actividades, me encuentro frente a verdades y convicciones imprevistas. Trataré de expresárselas ordenadamente porque todas ellas interesan a vuestra Paternidad.

La primera es que nuestras formas de apostolado adolecen de una debilidad e ineficacia intrínsecas. La agitación es mucha. Se multiplica la diversidad de actividades e instituciones hasta la fatiga. Los Sacerdotes y los Religiosos se dividen y subdividen intentando atender un cúmulo de empresas que se sobreponen, ahogándose las unas a las otras. Los fieles abnegados, los verdaderamente militantes, sufren la paradoja de que su propia acción les seca el espíritu a causa de la compleja organización de reuniones y actos que han de atender. Cada día trae consigo una nueva táctica y proyecto de "apostolado". Hasta las jovenzuelas que no han cumplido los primeros pasos en la mortificación de los

[1] Con el fin de facilitar su lectura los redactares han introducido subtítulos aclarativos en el original de la carta.

vicios y el desarrollo de las virtudes pretenden servir a Cristo más en los otros que en ellas mismas.

Este estado de cosas encuentra su origen en un mal anterior más lamentable aún: La confusión que reina en tanto clero, ya secular, ya religioso. Allí donde se reúnen cinco sacerdotes se entrechocan tres opiniones distintas; muchos de ellos sostienen teorías de bajos sincretismos con los enemigos de la Santa Iglesia; otros, tornadizos como las antenas impresionadas por cualquier onda, viven a la pesca de "los nuevos métodos" cambiantes y frívolos como las modas. La angustia por la escasez de los frutos, los mueve, no a podar para obtenerlos luego por un verdadero acercamiento a Cristo, sino a multiplicar con desazón las actividades, la hojarasca de los "apostolados" superficiales que se alejan más y más de la Fuente y brotan servilmente par de los métodos de propaganda del mundo.

Esta experiencia está tocando su propio fondo; vemos en el seno de toda esa actividad un casi vacío de Jesús. Ese mar de palabras, conferencias, de "sistemas celulares" y "equipos especializados" están cargados de disputas, de opiniones y actitudes individuales, más que de nuestro Señor y sus Misterios. ¡Ah, cuánta verdad es aquella de que "cuando el hombre habla, Dios calla; cuando el hombre calla, Dios habla"! Al final de cuentas se ve que el Señor es muy soberano y si bien su misericordia lo llevó a encarnarse, fue para transfigurarnos en El y "sentarnos entre los príncipes de su pueblo", no para quedarse tirado para siempre en el estiércol del pesebre.

En una palabra, el activismo actual ha logrado el resultado que menos esperaba, es decir, manifestar a las claras que padece una impotencia intrínseca para lograr la conversión de las almas. La actividad apostólica cuando no emana de una sazonada contemplación de Cristo y sus Misterios; cuando quiere nutrirse a sí misma o, cuanto más, en sustitutos anodinos de la vida monástica (hoy se enseña con suma frecuencia a los fieles que pueden llegar a la unión con Dios apurando Misas frecuentes; con la Comunión entre ómnibus y oficina, media hora de meditación diaria y un director espiritual) no tarda en derivar hacia una vacía agitación, y más que convertir, aumenta la confusión y el desconcierto, pues no poniendo los medios y las disposiciones suficientes para una purificación a fondo, la que permite que la gracia santificante corra de verdad desde el alma hacia toda potencia y acción, el Espíritu Santo no obra más que de manera exigua en medio de muchos detritus individuales y mundanos.

La experiencia muestra —y es hora de convencerse de ello— que el activismo obtiene para la iglesia sólo la agregación de afiliados como lo podría hacer un partido político o una sociedad cualquiera. ¿Cómo se puede enseñar un cambio total de mente y costumbres, si no se ha concebido ni vivido la decisión que pesa en la voluntad redentora del Señor de obtener con el derramamiento de su Sangre, no simpatizantes ni adeptos, sino absolutamente el odre nuevo para el vino nuevo, la criatura nueva, transfigurada en hijo de Dios por la renovación completa, no por una agregación de costumbres "católicas" a las antiguas costumbres? Si existe esa confianza de que se puede servir a Dios sin antes buscar a Dios, es

porque no se ha medido la magnitud del *Amen, amen dico Ubi, nisi quis rentus fuerit denuo, non potest videre regnum Dei*[2].

El activismo confía en una doctrina rota por la mitad: todo él se funda en el "ex opere operato" de los Sacramentos de la Nueva Ley. Es verdad; pero ese aserto se completa con el otro término de la relación sacramental —el hombre— acerca de cuya índole el Señor insiste hasta el cansancio en sus parábolas, donde enseña que la gracia opera a modo de semilla y que ella germinará cumpliendo su poder regenerante y transfigurante según las disposiciones más o menos favorables que le ofrezca esta tierra que somos. El Bautismo, los Sacramentos, necesitan de un clima, de un encelado amor y cuidados para desarrollarse. La vida monástica es la única qué los da cabales, tal como el Don de Dios los merece. La respuesta del monje es la exacta, posible al hombre, frente al requerimiento de un Dios hecho Hombre por nosotros. ¿Qué menos se puede hacer ante semejante Visitación y Oportunidad que apartarse de todo para convertirse en una intensa receptividad de ese Dios, de su Luz y su Voluntad; abrazarse a los medios, los más adecuados a la consumación de tal unión? El monje es el que dentro de la Iglesia ha escogido los "simpliciter" sobrenaturales; aquellos que emanan de manera directa de la pura fe. No son de necesidad de medio, pero sí, los convenientes en grado óptimo al máximo desarrollo de los Sacramentos imprescindibles. Toda acción —la gracia sacramental en nuestro caso— supone un sujeto pasivo que la recibe y el efecto será tanto más perfecto cuanto mejor dispuesto se encuentre dicho sujeto para esa acción.

Las otras Ordenes y Congregaciones disponen de los mismos medios, pero los disminuyen en menor o mayor grado— algunas llegan a suprimir uno u otro— para combinarlos con fines temporales que ya no son por sí mismos propiamente santificantes sino santificables. Se podían permitir esa atenuación presupuesta la base de un monacato vigoroso que cultivara la parte de María para toda la Iglesia. En cambio, el inconsciente orgullo de muchos, las inadvertidas infiltraciones de las tendencias contrarias que medran en el mundo, acentuaron de día en día en medio de las fuerzas católicas de ataque y conquista, la confianza en la acción humana; la actitud y porción de María, la del grano de trigo que se sepulta en el silencio y la adoración para llevar fruto resultó, entonces, anacrónica e ingenua. De esa manera la actividad apostólica quedó sin raíces o poco menos.

El que sostuviere lo contrario no haría con ello otra cosa que despreciar a la santísima Virgen, Madre de Dios y nuestra, ya que la vida monástica es la prolongación de la suya, sobre la tierra. Además, causa espanto ver cómo podemos enceguecernos los que nos creemos hijos de la Luz, y perder entendimiento los que somos doctores en el Israel de Dios. Pues el texto de San Lucas en el Cap. X, vers. 38 al 42 es muy conocido y recitado a cada instante. Entonces ¿cómo pudimos desarrollar tanto lo que allí el Señor Jesús reprochó a Marta y descuidar o despreciar lo que el mismo Señor alabó y prefirió en María?

Hoy como resultado tenemos el desolado consuelo de palpar que "los cielos y la tierra pasarán, mas su Palabra no pasará", pues las consecuencias que Él mismo indica al

[2] Joan, III, 3.

activismo en la persona de Marta, se han cumplido al pie de la letra: *...et turbaris erga plurima*[3]. Con soberana firmeza mediante humillaciones y fracasos, nos ha mostrado el vacío e ineficacia de nuestra acción cuando no ha sido ante todo la acción interior de la radical conversión y entrega total, abierta de día en día en mayor grado al operar del Espíritu de Cristo en nosotros. Para entender y gustar su modo divino infinitamente distinto del nuestro, y saber de dónde viene y hacia dónde sopla, es necesario la actitud de la Santísima Virgen el silencio adorante del monje. La escena del profeta Elias, en la gruta del monte Horeb[4] es elocuente en mostrar las diferencias entre la una y la otra acción. En fin, aquí la Palabra también se levanta irrevocable: *Quod natum est ex carne, caro est; et quod natum est ex spirtu, spiritus est.* (S.J. III, 6).

Con lo dicho, Reverendo Padre, termino el primer punto de esta carta, el cual se puede resumir, a manera de conclusión: Así como la Sma. Virgen María, por haber convertido toda la potencialidad y apetito de su ser, con olvido de sí y de toda criatura, en una pura receptividad de Dios, permitió que el Verbo eterno tuviera aposento en la tierra para salvación de los hombres; también así el Monacato cuando vive con total entrega su profesión de fe en el *Mariam optimam partem elegit quae non auferetur ab ea*, proporciona al Señor la morada de sus complacencias —la cual no puede ser otra que almas encendidas en caridad e inmoladas como la Inmaculada, en adoración y silencio de criaturas— y adquiere de esta manera la presencia del Espíritu, el *unum est necessarium*[5] para toda la Iglesia.

El concepto moderno de Cuerpo Místico
frente al concepto unitivo y orgánico de S. Pablo

Entremos ahora en tema que causa dolor: Parece que nadie, ni el Monacato mismo se ha librado de una pésima infección: la concepción individual-rousseauniana de la sociedad, tan diametralmente opuesta al concepto de la Iglesia-Cuerpo visible de Cristo. En consecuencia, en la práctica, el "Santificarse santificando" se redujo a "Santificarme", "Mi compromiso con mi Instituto es una oblación que mira a toda la Iglesia" ha terminado en "me santifico cumpliendo mi compromiso con mi Instituto".

Es verdad que se habla con mucha frecuencia del Cuerpo Místico de Cristo, pero en forma que se parece bastante a la iglesia invisible y fantasmal de los protestantes y muy poco al organismo viviente, pletórico que nos enseña S. Pablo. Su plenitud se resuelve según, el Apóstol, en distribución de dones que emanan de un solo Espíritu, en variedad de miembros muy concretos, henchidos y visibles, los cuales, con íntima trabazón de influencias internas mutuas *secundum operationen in mensuram uniuscuiusque membri* componen un solo cuerpo que crece hacia la edad perfecta de Cristo.

[3] Lc., X, 41.
[4] III Regum, XIX. 11 al 13.
[5] Lc., X, 42.

Para que el vigor santificante del Espíritu Paráclito vuelva a complacerse en nosotros y a circular con la lozanía con que lo hizo cuando la Sangre del Cordero estaba aún fresca en los corazones, debemos compenetrarnos mutuamente miembro con miembro, cumpliendo la justicia de reconocer el lugar vital que corresponde a cada Orden o Congregación en el gran templo de Dios; retomar y vivir la magnífica imagen de la Santa Iglesia que San Pablo nos ofrece en su Epístola a los Efesios, cap. IV, vers. 15 y 16: *Veritatem autem facientes in charitate, crescamus in illo per omnia, qui est caput, Christus: ex quo totum corpus compactum et connexum per omnem iuncturam subministrationis, secundum operationem in mensuram uniuscuiusque membri, augmentum corporis facit in aedificationem sui in charitate*[6].

La actitud de la Órdenes y Congregaciones—incluso de los Instituto seculares—está muy distante de esa rica realidad del Cristo total; ninguna de ellas se pregunta cuál es su lugar dentro de la Iglesia ni su situación con respecto de los demás miembros; por el contrario, si atendemos a sus folletos de propaganda, cada una es la principal y mejor. De allí deriva el que quieran marchar con sus recursos propios por exiguos que sean, prescindiendo de la comunicación de bienes, cuya función hace efectiva de manera interna y real, la unidad del Cuerpo. En nuestros días, hasta el más pequeño instituto se considera sociedad perfecta frente a los otros y mira a sus mayores como si nada le faltara; reconoce que no es tal sólo por el lado que mira a la Jerarquía eclesiástica, y esto, restringiéndolo a lo imprescindible.

El nexo ("iunctura subministrationis") entre miembro y miembro de la Iglesia se debilitó, llegando a escindirse en algunos puntos, cuando, desde la Compañía de Jesús en adelante, los religiosos de vida activa pusieron en boga el criterio vernáculo de clasificar los medios de santificación en "antiguos y modernos" dejando de lado la apreciación teológica de los mismos según el grado de proximidad al fin, esto es, a la caridad de Cristo. Para ultimar, si fuera posible, el desmembramiento se han sumado los errores del Cardenal Mercier que concede estado de perfección al Clero secular; el del P. Jacques Leclercq, quien considera al laico en situación de santificarse tanto o más que un Cartujo[7]. No faltan episodios risueños en este drama actual de nuestra Madre, la Iglesia: Recuerdo, a propósito, el *Congreso de los Estados de Perfección*, del año 1954, realizado en Buenos Aires. Cierto religioso de votos simples presentó en él, una ponencia con la cual propugnaba la nivelación de la Ordenes y las Congregaciones ante el Derecho Canónico; claro está que teóricamente no prosperó porque la autoridad de la Santa Sede allí presente, zanjó la cuestión. Pero dicha asamblea, donde los representantes de las Congregaciones eran mayoría, se mostró animada por otra mentalidad. Un religioso de votos solemnes propuso, con el fin de precisar obligaciones y responsabilidades, que no se hablara de "estados de perfección" pues la evangélica es una, sino de un estado de perfección y se distinguiera los diversos grados del mismo, correspondientes a los diversos géneros de vida religiosa canónicamente aprobados.

---

[6] "Andando en la verdad por el amor, en todo crezcamos hacia adentro de Aquel que es la cabeza, Cristo. De Él todo el cuerpo, bien trabado y ligado entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándole en el amor".

[7] Jacques Lecrercq: *La santidad y lo temporal.* Revista "Criterio", nº 1219, Buenos Aires, 9 de oct. 1954, 643-651 pág.

La mayoría se opuso de manera rotunda. Así quedó de manifiesto que según la convicción común, todos los Institutos, a pesar de la variedad de sus medios de santificación y fines específicos, están en condiciones de alcanzar por sí mismos y separadamente, la perfección de la caridad. El nivel teológico ha bajado tanto en nuestros tiempos, que no extrañaría el saber que en alguna de esas cabezas se estuviera confundiendo la virtud divina con la filantropía.

Llegando a este punto, Reverendo Padre, vemos que los extremos se tocan, pues el católico ha caído por anemia y secularización en el desprecio de los medios en que cayó Satanás por exceso de orgullo. Pero si recordamos un principio muy firme que Sto. Tomás de Aquino pone al hablar de la prudencia[8] —la verdadera conforma la vida entera al fin— se entiende que dicho desprecio no es tan ingenuo como lo sería si se debiera sólo a puro debilitamiento; manifiesta también la oscura astucia consciente o inconsciente de no desear que N. S. Jesucristo se acerque mucho a nuestro mundo; de que nos deje actuar sin una intervención demasiado directa.

No cuesta nada reconocer, estimado Padre, en tal estado de cosas, una infiltración a fondo del exacerbado individualismo de Rousseau, el cual ciertamente terminaría con la Iglesia de Cristo si Ella no estuviera asistida por Señor más poderoso que los demonios de este siglo. El Monaquismo, reaccionando, debe dejar su ensimismamiento y entender que no se pertenece, sino a toda la Iglesia. Debe de dilatarse como lo hizo aquel admirable movimiento de Monjes irlandeses y sajones que regó a Europa durante los siglos VII y VIII, y para siempre, con la savia más concentrada del Evangelio. He ahí su pura pasión, la de santificar la tierra y la Iglesia no sólo con los méritos de la callada oración, sino también poniendo adoración, silencio, ejemplaridad en estos campos y pueblos concretos. Frente a la plenitud de sacramentalidad y potestad salvíficas del Obispo está la plenitud receptiva de la vida monástica: Jesús, María.

Los medios monásticos son los dispositivos más excelentes (apartamiento del mundo, silencio, votos solemnes, culto divino y trabajo manual, comunidad y soledad) que la Santa Iglesia puede proponer a las almas frente a la actividad regenerante de los Sacramentos, pues se ordenan inmediatamente, en la pura fe, a la prosecución de la más encendida forma de la caridad, que es la búsqueda de Dios. Es evidente que el ejercicio de ellos nos habitúa a la eternidad como ningún otro medio o fin secundario especificantes de las otras formas de la vida religiosa, lo puede hacer. Precisemos más: Tales disciplinas nos habitúan a la eternidad, no *in genere* ni en abstracto como acaece en las religiones orientales de origen humano (Brahamanismo, budismo, sintoísmo), sino a ésta, personal, inmensa, concreta, que se entrega al cristiano y sólo a él: la Sma. Trinidad donada entrañablemente al hombre, en los misterios redentores de Cristo Jesús.

Sólo la criatura que se entrega íntegra, reviviendo su condición de criatura según la enseñanza y posibilidad abiertas por nuestro Señor inmolado, cumple con pureza la primordial justicia de ser por Otro ("esse ab alio"); entonces entra en el Orden tal como lo

[8] II - II^{ae}, q. 47. a. 13 corp.

restablece el único Mediador y, en el sosiego de las pasiones retornadas por la Verdad a su justa medida, el bautizado abre la corola sedienta de su receptividad interior y la colma en Aquel que ha querido concedernos, dentro, su Amistad.

He ahí el puro comportamiento de la Inmaculada Virgen María. Ella quiso, abrazando de antemano la actitud del Verbo en la tierra, refirmar plenamente el constante depender de Dios, tanto cuanto el hombre de pecado quiere comenzar en sí y vivir de sus propias iniciativas.

He aquí también, el comportamiento del Monje verdadero: respuesta y devolución radicales: cumplimiento de la Justicia primera y la Religión total.

Por eso, para que la cohesión entre miembro y miembro sea como enseña San Pablo, íntima y orgánica ("totum corpus compactum et connexum") nosotros, las Ordenes mixtas, las Congregaciones e, incluso, el Clero secular, debemos devolver, en la convicción y el deseo, el lugar radical que el Monacato ocupa en la Iglesia discente; además, hemos de vigorizar los medios que, entre los nuestros específicos, miren al silencio, al desarrollo del interior del hombre: al Desierto de donde nos viene la Salud. En una palabra, como el hijo pródigo, es necesario suscitar en la hora actual, un movimiento de retorno a la vida monástica, la cual, purificándonos de las hervorosas idolatrías y frivolidades del activismo moderno, abra verdadera morada a Dios en nuestros corazones. De otra manera, si la agitación centrífuga del cristianismo no para, es inminente el riesgo de que queden sin raíces ni cimientos sobre todo los institutos religiosos de vida activa, los cuales no tienen por sí recursos para penetrar en las profundidades de Cristo y su Iglesia.

Aptitud fundacional del Monacato

Paso a mostrarle, reverendo Padre, que la situación histórica actual de la Argentina llama al Monaquisino, como la tierra roturada llama a la semilla.

Para ello me veo obligado a hacer el esfuerzo de referirme a un aspecto primordial y poco conocido de las instituciones monásticas: su sentido fundacional.

Un autor excelente de nuestro país, filósofo y filólogo, Carlos A. Disandro, sostiene en uno de sus escritos: "Y así, entre lo cotidiano, cuya estructura se confunde frecuentemente con la alienación y el abandono, y lo eterno, cuya consistencia es una densidad que se expande sin disminución, se abre el vínculo de la fundación"[9].

La eternidad, si la consideramos en su plenitud, esto es, allí donde resulta otro nombre de Dios, asume realmente lo sensible y temporal —lo cotidiano— sólo bajo la condición de no disminuir su "densidad". Ella, donde existe por Sí, es soberano acto puro; no admite mengua; en consecuencia, habrá asumido de verdad lo sensible si lo ha

[9] La muerte de la Argentina, manusc., pág. 19.

transfigurado y lo transfigura, no por la anulación del ser propio de las cosas, sino exaltándolo en la definición de ellas, las cuales proceden de la Verdad, que también es Dios y eternidad. Cuando se da una verdadera transfiguración ha habido una verdadera fundación, pues ésta no es otra cosa que cimentar algo en lo eterno. Toda otra cosa no está fundada, ya que el esfuerzo o la intención que la quiera sostener, tiene necesariamente una medida en el tiempo, y pereciendo, con más razón perecerá lo que en el esfuerzo se sustentaba.

Esta es la razón última por la cual el mundo actual perece. Se ha caído en el mito de hombres y cosas que buscan su explicación en sí mismos, no en la eternidad. Por eso la cadena de indigencias devorándose unas a otras, es ingente. Las industrias y el maquinismo han venido a solucionar ilusoriamente la ficción que vivimos. Multiplican los recursos —los medios, los instrumentos—. Estos, de origen neto burgués materialista, no beben en las fuentes inagotables de lo eterno y, por lo tanto, no están sabiamente fundados, es decir, proporcionados con respecto del hombre, a quien pretenden servir. La fundación de los artefactos que intentan en la actualidad satisfacer las múltiples indigencias del hombre, incluso las espirituales, estriba en la duración del mismo artefacto; pero como éste en cuanto artefacto, recibe su ser del hombre, no pude durar sino gracias a la atención del hombre. Por consiguiente, él y las civilizaciones que han puesto su esperanza de felicidad en la máquina, se ven obligados para conservarlas, a multiplicar sus actividades, tanto más cuanto más las complican buscando en vano la mayor perduración y eficacia de ellas. El movimiento, así, se ha mudado y el mundo moderno presenta el afrentoso espectáculo del enfermo devorando al enfermo. El hombre ha volcado en la máquina su esperanza de saciedad, y la máquina, para mantenerse, le ha creado tal cúmulo de exigencias y necesidades fingidas que no le queda momento para satisfacer su naturaleza en las verdaderas fuentes.

Nosotros, los Sacerdotes y los Religiosos, estamos incluidos en la vorágine. Hemos aceptado de manera incondicional el trajín y el desarrollo ficticio de lo que no permanece; dedicamos más tiempo al ingente abultamiento de lo insignificante que al absoluto necesario. Nuestra “teología de las realidades terrenas” intenta llenar la boca del Crucificado con la inflazón de lo vano; ofrecerle el aturdimiento de las ciudades modernas, el cual llaga sus oídos tanto como las blasfemias. Por eso no fundamos nada. Las almas, las realidades que tratamos se levantan parcial o momentáneamente y luego languidecen. Lo cotidiano no puede transfigurarse en las manos de Sacerdotes y Religiosos tomados por los defectos del mundo, que están llamados a contradecir para salvar. Por eso, porque la agitación apenas ha dejado sal y luz en nosotros, lo cotidiano “se confunde frecuentemente con la alienación y el abandono”: Es que la eternidad no admite disminución alguna de su plenitud, de su “densidad”.

Ahora bien, es evidente que frente a esa acelerada liquidación del hombre y de lo humano, se eleva el Monasterio en perfecta aptitud para la asunción de lo temporal por lo eterno. Al hablar de la vida monástica se habla con frecuencia del peso de su oración en bien de toda la Iglesia. Es verdad, pero dicha apreciación es parcial. Si se abarca en profundidad y extensión toda la realidad confiada a la *missio* monástica —*Ora et labora*— se entenderá sin dificultad que ella constituye la forma primordial —inicial— de la Iglesia discente. En efecto, es el monasterio el que responde al Redentor con la oblación, con el retorno universal

al Padre, de toda la creación encomendada al hombre: el alma, el cuerpo, la tierra. Dice bien el P. Humberto Clerissac que el misterio de la Catolicidad abarca también lo sensible; concebir una Iglesia constituida nada más que por almas, sería un resabio protestante, una versión romántica de la Redención[10]. El concepto maniqueo moderno del trabajo se añade hoy para interferir una comprensión justa de la Recapitulación total de las criaturas por Cristo.

El Monje se ha sumergido en ese maravilloso misterio de Redención completa. Quizá muchas veces no lo entienda: lo más importante es que obedece y lo cumple: *Sufficit.* Por el total holocausto a N. S. Jesucristo, de los votos solemnes, el alma retorna al Padre; por el alma, el cuerpo; por el cuerpo y el trabajo, la tierra. Sus arados y sus martillos; el rasguido de las plumas y las gubias abren círculos de canto alrededor de ellos: consumación de la ardiente salmodia que, antes, rodeó al Altar de la Inmolación. Cualquier trabajo no puede integrar el Orden restaurado por la Sangre del Cordero; tiene que ser el verídico, el que asuma criaturas de Dios, no del hombre de iniquidad; aquellas que no hayan perdido su nombre virginal, primero. Y esto en la congruencia de los Misterios. El silencio, a su vez, significa que el monje quiere librarse del circunloquio de los fines intermedios, que aspira a la radical rectitud de dedicar la labor y la ascensión de los días, por Cristo, directamente al Padre. De esta manera la "religación" se consuma; las cosas son devueltas con perfecta justicia por la voluntad del hombre, en la limpidez con que fueron pronunciadas por la boca del Altísimo. Así y solamente así, la eternidad se expande sin disminución de su "densidad" en lo cotidiano.

Eso es fundar, ya que las cosas se asientan en el Cristo que no pasa. Es dar cimientos —edificar *supra firmam petram*— un doble orden: morada viviente para la Presencia, en el seno de la Iglesia; vigorosa savia y recta orientación para la cultura de lo humano.

Si esto es así, como indudablemente lo es, llegamos a la conclusión de que nuestro país está en el vacío y va a la deriva. Aún no ha sido fundado sobre lo eterno: su Monacato es apenas incipiente.

España no terminó su obra en América; aquí existen aún zonas extensas desprovistas de clero, cuya fe católica se funda nada más que en profundas reminiscencias de lo que aquellos misioneros sembraron. Sin embargo, la poderosa corriente misional española se frustró, en parte; al no consumarse en su fruto lógico, la fundación de monasterios, la Iglesia tampoco se estabilizó en una posesión definitiva de lo temporal para Cristo. Por eso el liberalismo francés e Inglaterra con su comercio, pudieron informar pronto la vida pública y diaria de estos pueblos dejando para la Institución divina sólo los reductos más inoperantes del espíritu (en el lenguaje de los lugares comunes: "la conciencia", "el fuero privado": esto que en la realidad equivale a nada es lo que quedó para el Señor en la mentalidad de nuestros católicos).

Porque el monaquisino no les enseñó a trasfigurar la totalidad de lo cotidiano en Cristo con la fuerza y nitidez que únicamente él puede hacerlo, los pésimos males que se originan en la apostasía de Europa, arrasan en América como allá no logran devastar.

[10] *El misterio de la Iglesia. Palabras preliminares.* "Sol y Luna", Madrid, 1946.

Tenemos que entender que una es la estructura cristiana del Continente madre y otra muy distinta la de la hija. Europa se inició con una pléyade de Abadías que explicaron sus impulsos, días y circunstancias, en Jesús Dios y Hombre. Por eso el cristianismo se ha metido en la médula del europeo y la iniquidad desatada por él mismo encuentra tarde o temprano el reproche ineludible de la Faz ensangrentada. En cambio, aquí, la eternidad nunca ha sido tomada absolutamente en serio; tampoco los problemas o intereses temporales han dejado, del todo, de tener soluciones temporales. La presencia de las cosas y sus mutaciones ejercen una hegemonía afixiante sobre el americano. Es que faltó la respuesta al Crucificado, radical. El misionismo que no para en fundaciones monásticas, a la corta o a la larga añade a la Iglesia, no santos, sino sólo simpatizantes y afiliados.

En consecuencia de esa deficiencia histórica de nuestro país, la tierra, los hombres están vacantes o poco menos. Este hecho favorece la asunción. La tarea que realizaron los Benedictinos en los siglos de la fundación de Europa (VI al VIII) la deben realizar Vuestra Paternidad y vuestros Hermanos en la Argentina, injertándose en estas tierras casi vírgenes.

El odre nuevo para el vino nuevo

Ya ve, Padre, por la extensión que está adquiriendo esta carta, que más valiera haber escrito un libro. Sin embargo, aunque los límites naturales de ella no lo toleran, no sé cómo callar otros caracteres y dones que integran la alta textura sobrenatural y humana de la vida monástica. Aún queda pendiente la consideración de algunos aspectos de nuestro país que claman pidiendo otros correlativos del monacato, como el enfermo llama a la medicina. Los mencionaré apenas; uno es profundo y no haré más que enunciarlo; los otros de orden práctico e inmediato, los resumiré para compensar con la brevedad de esta parte lo extenso de las anteriores:

1º) El hombre tiene necesidad *a natura* de compenetrarse con la tierra si quiere transformar en acto su potencialidad racional de cosmos y, de esta manera, convertirse en hombre-realidad. Todo antiguo extrajo de allí los tesoros inmanentes de sus culturas y sabiduría; el monje perdura dicha honestidad y rectitud de orden. El argentino, en cambio, ha reducido la tierra a una categoría económica. Según él la ciudad es para vivir, el campo para producir. Paga cara tal actitud: se vacía aceleradamente y progresa de día en día la inconsistencia de su espíritu. La ciudad lo absorbe abultando y enredando su natural indigencia.

2º) Después de intensa experiencia y observación me atrevo a afirmar a Vuestra Paternidad que la única predicación, o poco menos, eficaz, será en adelante el silencio, la disciplina y el ejemplo del monje. Parece paradojal, pero es así. Nuestro pobre pueblo está harto de palabras; yacen ellas, gastadas, y ya no significan nada. Muchedumbres de periódicos y radios mienten día y noche a sus anchas, un Clero que ha velado la Palabra con

un exceso de opiniones individuales, la ha desvirtuado. Cuando un Sacerdote habla, ese hecho sólo significa una opinión más con la cual, libremente, se puede simpatizar o no.

No hay mayor llamamiento hacia la Verdad para estas gentes heridas de muerte por el aturdimiento que ya es sistemático e inmenso fragor en su derredor, que el bálsamo del silencio. La Presencia que puebla el sagrado silencio, es la única noticia del Cristo, distinta al mundo que padecen: callar y vivirlo es lo único que puede predicarlo. La ceñida figura del monje que tan sencillamente ha retornado a lo esencial, a todo lo verídico de Dios y del hombre, es el Amén de la eternidad que se ha hecho visible en la perfecta ofrenda; es el signo distinto a la baraúnda de signos agresivos y muertos que envuelven al hombre de hoy. Las almas lo aguardan con instinto que brota del Bautismo, el cual sabe buscar oscuramente el antídoto de los males que intentan destruirlo. No dudemos que esta predicación es la única que, en nuestros días, puede lograr conversiones radicales al Cristianismo.

3º) La Abadía y el Monasterio realizan la verdadera evangelización del campo. Se intenta proveer a tal necesidad con misiones anuales de quince días. Si pensamos en la labor paciente de años que es menester para conducir un alma hacia el verdadero Cristianismo, ese socorro instituido como normal por la concepción burocrática del Sacerdocio, resulta una burla. Sólo el Monacato que imita la laboriosidad del Padre celestial; capaz de convertir los días, por la adoración y el trabajo, en epifanías inconfundibles, puede transformar profundamente dichas regiones. La Historia de Europa no deja lugar a dudas.

4º) Es necesario arraigar a nuestro pueblo en nuestros campos, sierras y florestas ubérrimas. Los que se han erigido en sus conductores los atraen hacia las ciudades para poderlos dominar de manera incondicional. Allí, en esos amontonamientos de hombres, sin sentido ni norte, llevan una vida en apariencia fácil y libre; en realidad baja, despojada cada día más de los auténticos valores, no sólo divinos sino también humanos. Para medir el mal que se está haciendo a nuestro pueblo —pueblo de buena índole e ingenuo— sería necesario mencionar el origen telúrico de todas las grandes culturas, pero la extensión de la carta no lo permite. Lo cierto es que la vida monástica no debe renunciar a su poder fundacional: ella tiene aptitud para iniciar culturas integrales por su sentido sacral de la tierra, del trabajo y las artesanías (aquí apelo nuevamente a la historia de Europa). Nuestro pueblo, bien dotado para crecer en cultura verdadera, está totalmente abandonado, o cuanto más, en manos de falsarios; la tierra yace promisoria y muda.

Conclusión

Aquí termino, Padre Hermenegildo. Dios quiera quo me perdone esta larga carta. He estado haciendo el papel del amigo inoportuno que golpea en medio de la noche y no ceja hasta lograr la dádiva. Le he hablado como reflexionando conmigo mismo; se debe a la necesidad que tenía de confiarle la carga de mis convicciones con la mayor pureza posible. Me he encontrado con Vuestra Paternidad cuando rebasaban en mi alma. El Señor quiera que

la experiencia y dolor del uno, y el arribo del otro procedan de una misma moción de la Voluntad divina. El Señor dice por boca de Isaías profeta: “Apresúrate a la presa; quita a prisa los depojos”[11]. No creo que haya mucho tiempo que perder. La hora propicia no puede durar. El país se encuentra aún en un punto indefinido, donde lo parejo e incipiente de las fuerzas opuestas, permiten un avance decisivo en uno u otro sentido. Los enemigos del Señor no descansan; con todo, la energía latente de un Bautismo y fe incultos están preparados para el desarrollo en profundidad que sólo los Monjes pueden darle.

Se me ocurren, Reverendo Padre, como punto final, las palabras que escribí hace ya varios años a un alma encendida en deseos de perfección evangélica: Un Monasterio es la fuerza de Dios injertada en la tierra como el Cuerpo de Jesús en el pan de la Eucaristía y el Verbo en las entrañas de María: baluarte y raíz en el centro de la admirable variedad. ¿Qué Iglesia hay si no hay un seno de profundo silencio en su centro? La Iglesia comienza donde comienza María. María comienza donde comienza el silencio. ¿Qué otra cosa puede hacer la criatura? ¿Es que acaso todo su origen no está en el hilo de una intención divina y para percibirla no hace falta callar? Ese Verbo y Amor que viene a mí dándome el ser, ¿no merece callada, adorante atención?

“Un Monasterio tiene que ser la atención adorante de un lugar y una época con el fin de entender y abrazar realmente el caso de santidad que Dios quiere comunicar a ese lugar y esa época. Desde allí la fuerza del Espíritu corre por todo el Cuerpo de la Iglesia como en una segunda Encarnación. Desde el primer instante de mi vocación he entendido que hace falta echar raíces hacia las hondas regiones esenciales —los Sacramentos— para obtener verdaderamente la obra de Dios: la nueva criatura. Tenemos que desarrollar aptitudes para escuchar al que habla en “eterno silencio” antes de darlo en palabras y acciones. El árbol comienza por tener raíces. En Argentina, faltan; por eso nuestro catolicismo es frívolo y anodino”.

Adiós, Padre. Muchas oraciones y esperar en el Amor infinito de Dios. Jesús y María lo bendigan.

MARIO JOSÉ PETIT DE MURAT, O.P.

[11] Isaías VIII, 3.